

# EL PINTOR DON LEOPOLDO RUIZ DE LA TORRE

POR

FERNANDO FERNANDEZ DE BOBADILLA

## **Preliminares**

De la Rioja han salido pintores de primera magnitud, mas no tantos como para permitirnos despreciar a los que por una u otra razón no han conseguido escalar las más altas cimas de la fama, pero han logrado obtener lauros, que permiten catalogarlos entre los buenos pintores de la época; por esta causa vamos a ocuparnos de don Leopoldo Ruiz de la Torre y Martínez.

Para hacer su incompleta biografía, tenemos a la vista los cuadros cuyas fotografías aparecen en este trabajo, y hemos visto los que enjuiciamos; también disponemos de los datos tomados de los libros parroquiales, los que nos han facilitado personas que lo conocieron, o que por su próximo parentesco han oído hablar de él a sus ascendientes, así como de la docena escasa de líneas que le dedica don Constantino Garrán en su *Galería de Riojanos Ilustres*, tomadas de la *Galería Biográfica de Artistas Españoles del siglo XIX*, escrita por don M. Ossorio y Bernard, y las ocho y media que figuran en el *Espasa*, y no porque el pintor no mereciese que se ocupasen con más amplitud, sino porque hay quien tiene tan mala suerte, que ni siquiera consigue que hablen de él con la extensión que merece.

## **Vida del pintor**

Dicen los biógrafos citados en primer lugar que era natural de Arnedo, pero no indican la fecha de nacimiento; éste tuvo lugar el día 5 de noviembre de 1848, entre nueve y media y diez de la noche, y fué bautizado en la Parroquia de los Santos Cosme y Damián, una de las tres que en dicho año había en la

citada ciudad, el día 9 del mismo mes y año, porque desde hacía siglos pertenecían a su feligresía los Ruiz de la Torre.

Le pusieron los nombres de Zacarías, Leopoldo, Sebastián y Teodoro, pero se le llamó siempre por el segundo; era hijo legítimo de Julián Ruiz de la Torre y de doña Francisca Javiara Martínez, ambos naturales de Arnedo, nieto por línea paterna de Joaquín Ruiz de la Torre y Juana Cebrián, el primero arnedano, y la segunda de Alcalá de Henares, y por la materna del arnedano don Sebastián Martínez y doña Andrea Irizar, natural de San Asensio, inscribiéndose la correspondiente partida en el folio 294 vuelto, del Libro sexto de Bautizados, de la mencionada iglesia parroquial.

Ignoramos la posición económica y social de su familia, pero la forma en que se nombra a los parientes de la rama materna, aconseja pensar que Julián Ruiz de la Torre hizo un ventajoso matrimonio; por otro lado, al niño no lo bautizó el cura propio de las Iglesias de la ciudad, con residencia en la de los Santos Mártires Cosme y Damián, doctor don Manuel Sáinz de Munnilla, sino que, con licencia expresa de él, lo hizo don Celestino Ubagó, presbítero beneficiado de las Iglesias de la misma, y cura párroco de la de Santo Tomás Apóstol, que años después, y al crearse la Diócesis de Vitoria, fué nombrado canónigo de su Catedral; de ello puede deducirse que al bautizo se le dió solemnidad, y que era familia bien relacionada; si a esto se añade que fué hijo único, se llega a la conclusión de que debió nacer en un hogar no carente de bienes materiales y buenas amistades.

Los abuelos paternos parece que tuvieron un comercio en la calle actualmente llamada de don Isidoro Gil de Muro, que después trasladaron a la del Royo.

No se conserva ninguna noticia de su niñez, pero lo más lógico es suponer que estaría en Arnedo, donde realizaría los primeros estudios.

También se ignora cómo y cuándo nació en él la afición a la pintura, pues en aquella época no tenemos noticia de que en Arnedo hubiese pintores, pero pensamos que habiendo nacido para pintar, se manifestaría su vocación y disposición de una manera espontánea, y además en la juventud, pues a los 26 años, estuvo, como luego diremos, una larga temporada en su ciudad natal, y por las obras que dejó revela estar completamente formado y con los estudios terminados.

El Sr. Ossorio dice que fué discípulo de la Escuela Supe-

rior de Madrid, y que obtuvo del Gobierno una pensión de mérito, pero como es tan lacónico, nos quedamos sin conocer las fechas, ignorando también si la pensión de mérito la obtuvo en atención a los que en él concurrían, o mediante oposición, y si la ganó para continuar o ampliar sus estudios en España o en el extranjero.

En el *Espasa* hemos visto que fué «discípulo de Eduardo Rosales»; no sé si eso querrá decir que recibió lecciones del pintor madrileño, o que sigue sus orientaciones, y pertenece aproximadamente a la misma escuela, pues ambas interpretaciones son posibles.

Una vez hecho pintor vuelve a Arnedo, como hemos dicho, pero no a casa de sus padres, sino a la de su primo don Lino Ruiz de la Torre. Ello parece indicar que los progenitores del artista habían muerto, suposición confirmada por la idea que existe en la familia de que quedó huérfano bastante joven.

Según nos dijo doña Laurentina, hija del citado don Lino, el pintor permaneció en casa de sus padres quince meses, y se marchó por no congeniar con su madre, doña María Díaz, dama cubana de ideas religiosas muy arraigadas; acaso fuese así; pero nos inclinamos a pensar que el regreso a su pueblo tendría como objeto, aparte del sentimentalismo que pudiese existir, descansar después de sus estudios y posibles viajes, y conseguido su fin, se iría para comenzar a trabajar de nuevo, seguramente a Madrid.

La fecha de su estancia es conocida, pues en el bodegón del juego de café que ilustra estas páginas, junto a la firma aparece el año 1874; durante ella pintó, además, los otros cuatro cuadros reproducidos en este trabajo: un retrato de don Lino, otro del padre de éste don Toribio y un paisaje con unos niños; el techo de uno de los salones de la casa de sus primos y unas puertas. Todo ello, incluso los objetos de plata utilizados por el pintor para hacer los bodegones, pertenecen hoy a su sobrina doña Laurentina, y recientemente esta señora prestó el cabellete a un aficionado arnedano y le regaló una caja de pinturas de su uso.

También pintó *El Molino de Vallejo* y *Una visita del Cidacos*, cuadros que actualmente deben estar en Logroño y algunas otras casas, pues doña Mariquita Martínez de León nos dijo que también entonces hizo un precioso rótulo para su farmacia que ocupaba toda la fachada, y tanto les gustó, que como no quiso cobrarles, su marido le regaló dos monedas de oro de

gien pesetas; lo colocaron el día de la Purísima Concepción, aunque había una nevada extraordinaria, para darle mayor realce y solemnidad al acto, pero con el agua y el sol se despintó pronto.

Debió marchar a Madrid, donde al parecer tenía el estudio, y dos años más tarde, en la Exposición de Madrid de 1876, presentó un *Retrato de un Capitán*, una acuarela que tituló *La presa del Aguila* y una *Vista del Retiro*; como se ve era un pintor que cultivaba todos los géneros.

No sabemos si en esa exposición obtuvo alguna recompensa, porque el señor Ossorio dice poco después que fué premiado con varias medallas, pero no especifica cuáles, ni a qué obras se otorgaron.

Por esta época, según nos dicen las personas que lo conocieron, era un joven muy simpático, de buena estatura y presencia, abundante cabellera negra y poblada barba; pero de ideas un tanto estrambólicas y avanzadas, al decir de su sobrina citada, hasta el extremo de que ésta, examinando los papeles y cartas que dejó al marcharse en casa de sus padres, vió dibujos o signos que entendió eran masónicos y los quemó todos.

Creemos que tienen razón los que juzgan que era un estrambólico y no sabía administrarse, pues años después llevaba una vida bohemia y desordenada; recibía encargos, porque según dice el señor Ossorio, para el Ayuntamiento de Zamora, hizo un *Retrato de Alfonso XII*, sin ninguna duda, y su producción era abundante, pero no podía comer, seguramente porque malgastaba lo que ganaba, o no sacaba el debido producto a su trabajo.

Frecuentaba las casas de los arnedanos residentes en la Villa y Corte, y allí hallaba remedio a sus necesidades y consuelos a sus desventuras; por el año 1889 concibió grandes esperanzas de salir de la penuria y pasar a la prosperidad; estaba haciendo el dibujo para una litografía de gran tamaño, en colores, en la que aparecían Cristo clavado en la Cruz, y al pie la Magdalena, con la Virgen y las piadosas mujeres que la acompañaban, y esperaba obtener buenas ganancias de su venta; caminaba tras de la ilusión, y ésta lo sostenía, y le daba fuerzas para seguir adelante; comunicaba sus proyectos a su bienhechora doña Cipriana Martínez de León, en tanto que ésta le daba de comer alguna cosa; terminó el trabajo, y parece que regaló el original y una litografía a dicha señora, en prueba de afecto y reconocimiento, y otra litografía al arnedano don Juan Pérez Angulo, que era a la sazón Auditor del Tribunal de la Rota; éste compró otra y la regaló a la Iglesia de Los Santos.

En la sacristía de la Parroquia está actualmente; al pie de la litografía, según es norma, va indicado lo que se acostumbra a decir, pero como en buena parte el color de las letras coincide con el fondo, resulta imposible leerlo en su totalidad, por más esfuerzos que hemos hecho; claro se lee, que se hizo en la Litografía de los Hijos de González, en Madrid; y un nombre, Manuel Angulo y Rubio, que ignoro quién fuese y por qué está allí; y ya menos claro, que lo dibujó L. Ruiz de la Torre en agosto de 1889; debajo indicaba dónde está el original, pero no se puede leer. Esto último revela que el dibujo es copia de un cuadro sin duda, planteándose el problema de averiguar quién sea el autor del cuadro, aunque nos inclinamos a creer que el mismo pintor arnedano, pues entre sus mejores obras se encuentra la titulada *Stabat Mater*, lo que nos induce a pensar que el lienzo obtuvo gran éxito y se pretendió explotarlo vendiendo reproducciones litográficas.

No sabemos el negocio que pudo hacer, pero lo cierto es que no remedió definitivamente su situación, y con los consiguientes altibajos vivía pobremente.

Yendo por la calle vió a una joven vendiendo naranjas y se enamoró tan súbitamente, que pretendió casarse con ella; intentaron disuadirle de su propósito los arnedanos con los que se relacionaba, haciéndole ver que si se casaba con una mujer que nada tenía, su situación empeoraría considerablemente, pero ignoramos si lo consiguieron.

Este episodio pone bien de manifiesto que no era hombre de ideas prácticas, y las consecuencias que de ello siguen, bien se le alcanzan al lector, por mucho y muy bien que pintase, jamás tendría un céntimo.

Se conservan dos retratos del arnedano don Pedro Agustín Herrero, hechos por el Sr. Ruiz de la Torre en la misma época; uno lo tienen sus descendientes en Valladolid, y otro en Tudela de Navarra; parece que son iguales en cuanto a la composición, pero de distinto tamaño, siendo mayor el primero; hemos visto el último de ellos, y está el Sr. Herrero de cuerpo entero con uniforme de gobernador civil y condecoraciones, llevando en la mano un papel rollado, que si la memoria no nos es infiel dice: «de Zaragoza»; no se puede fijar la fecha exacta en que lo hizo, pues parece que fué gobernador civil de esa ciudad varias veces. No hemos podido averiguarlas con certeza, pues en el Gobierno Civil sólo hay datos a partir de 1909, pero en el Tribunal de Cuentas, de donde fué, entre otras cosas, Abogado Fiscal, nos

han dicho que uno de los nombramientos lleva fecha del 18 de octubre de 1889, por lo que aproximadamente debió hacerlos en este año.

Y transcurría su vida con más infortunios que venturas, pero volvió de nuevo a concebir esperanzas de mejorar de fortuna, cuando se le abrieron las puertas del Palacio Real, para que hiciese el retrato de S. M. el rey don Alfonso XIII; mientras duró el trabajo iba todos los días y no le cabía el gozo en el cuerpo; hacía partícipes de su alegría a los buenos arnedanos que le ayudaban, les ponía bien de relieve que aquello era una prueba más de su innegable valía, un nuevo reconocimiento de sus méritos, y sin duda el comienzo de su época de prosperidad, pues si hasta entonces le había vuelto la espalda la fortuna, ya todo cambiaría.

Pero la lucha del hombre contra el Destino y su vencimiento por éste, no sólo es privativa de las tragedias, también se produce en la vida real; el retrato debió ser magnífico; se le incluye entre sus obras principales y lo llevó a la Exposición Nacional de 1901; acaso su genio brillase con luz esplendorosa y se hiciese notar de sus contemporáneos; pero aquello fué el fulgor que precede al ocaso, el estampido del cohete que denota que ha alcanzado la máxima altura, la cúspide del ascenso, y que rotos y deshechos caerán a tierra sus restos.

Don Manuel Juan Fernández nos dijo que el año 1908 vivía en Zaragoza, si por vivir se entiende estar en la tierra, esperando a que la muerte se apiadase del artista desventurado; en atención a sus méritos le facilitaron en el Museo un local para que se cobijase, acaso también para que realizase algún trabajo, y en esa ciudad, bañada por las mismas aguas que la que le había visto nacer, por las del Cidacos, afluente del Ebro, que había llevado a los lienzos en su juventud, debió morir en fecha desconocida, pues hasta ahora han sido infructuosas las gestiones hechas para encontrar la inscripción de su defunción.

El retratista de reyes no consiguió reinar en este mundo. Quiera Dios que lo consiga en el otro por toda la eternidad, que es ya lo único que cabe desear.

## Sus obras

Muy grande es la producción de don Leopoldo Ruiz de la Torre y Martínez; el Sr. Garrán ya decía, copiando al Sr. Ossorio en 1882, que era autor de numerosos paisajes; también hizo

como hemos visto, retratos y bodegones, cuadros religiosos, de todo; y pintó al óleo, a la acuarela, por los más varios procedimientos.

Sería muy interesante poder hacer el catálogo de sus obras, pero es difícil llegar a ello, y más teniendo en cuenta que sólo una de las que hemos visto está firmada, lo que indica que no tenía costumbre de hacerlo; nos limitaremos a relacionar las que conocemos que son las siguientes:

- 1.—*Retrato de don Toribio Ruiz de la Torre.*
  - 2.—*Retrato de don Lino Ruiz de la Torre.*
- En ambos recogió el pintor la cabeza, de tamaño natural aproximadamente.
- 3.—*Paisaje con dos niños.*
  - 4.—*Bodegón pintado sobre hojalata.*
  - 5.—*Autorretrato sin terminar, pintado en el reverso del bodegón.*
  - 6.—*Paisaje del Cidacos, con el puente antiguo.*
  - 7.—*Bodegón, pintado sobre hojalata.*
  - 8.—*Boceto de bodegón, con sólo una langosta en una fuente, pintado en el reverso del bodegón.*
  - 9.—*Techo de una habitación, con distintas figuras que recuerdan el estilo pompeyano.*
  - 10.—*El Molino de Vallejo.*
  - 11.—*Paisaje del río Cidacos.*
  - 12.—*Retrato de un Capitán.*
  - 13.—*La presa del Aguila.*
  - 14.—*Vista del Retiro.*
  - 15.—*Retrato de S. M. el Rey don Alfonso XII.*
  - 16.—*Dibujo para la litografía de que se ha hecho mención.*
  - 17.—*Retrato del Excmo. Sr. don Pedro Agustín Herrero,*
  - 18.—*Otro retrato del mismo señor.*
  - 19.—*Retrato al óleo de S. M. el rey don Alfonso XIII.*
  - 20.—*Frutos, flores y fresones de Aranjuez.*
  - 21.—*Un Oficial de la antigua Guardia Amarilla.*
  - 22.—*¡ Pobre marino !*
  - 23.—*Costa de Nápoles.*
  - 24.—*Stabat Mater.*
  - 25.—*De Toledo y maduritos.*
  - 26.—*Retrato de una familia del Norte.*
  - 27.—*Un artista sin trabajo.*
  - 28.—*En un paseo.*

Las obras señaladas con los números 1 al 9, ambos inclusive, pertenecen a su sobrina doña Laurentina Ruiz de la Torre, de Arnedo.

Las de los números 10 y 11 deben ser de don Cayo Pérez de Pipaón, que hace pocos años trasladó su domicilio de Arnedo a Logroño.

El retrato señalado con el número 15 es posible que esté en Zamora, para cuyo Ayuntamiento lo pintó.

El del número 17 es propiedad de la señora viuda de Irizar, residente en Tudela (Navarra).

Y el señalado con el número 18 pertenece a don Félix María Herrero, actualmente en Valladolid.

Las obras señaladas con los números 19 al 28, son citadas en el *Espasa*, como las mejores producciones del pintor.

### Estudio crítico de su obra

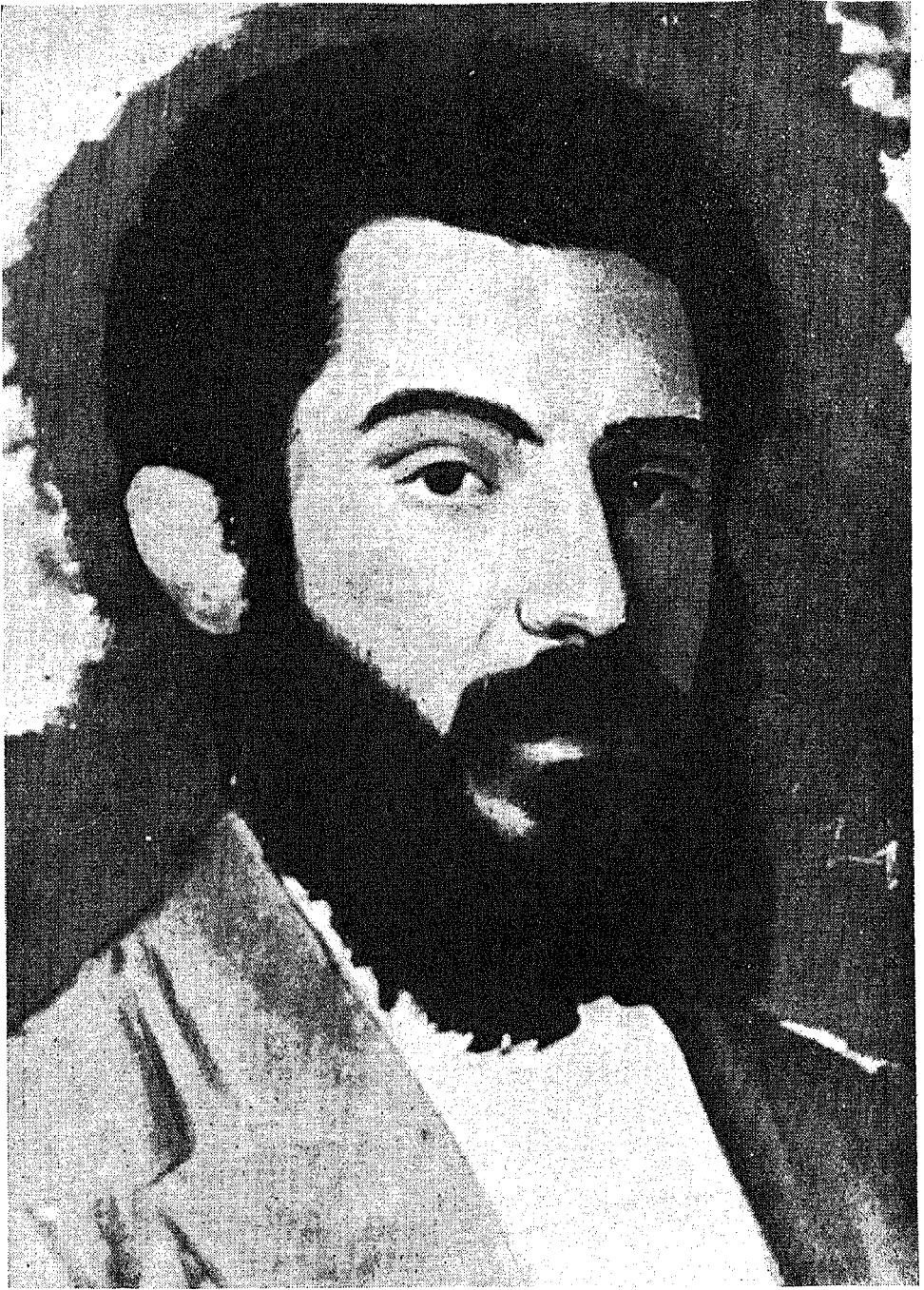
Para hacer bien lo que el epígrafe indica, sería preciso que un crítico de Arte examinase su producción; pero no la realizada por puro pasatiempo, sino la hecha cuando pintaba en serio; por nuestra parte, intentaremos invadiendo ajenos terrenos, dar unas ideas, acerca principalmente de los cuadros que ilustran este trabajo.

Como ya hemos dicho, los pintó en su juventud, durante la temporada que pasó con sus primos en Arnedo, y por entretener sus ocios; en ellos se muestra, en unas ocasiones, influenciado por el impresionismo, como sucede con el autorretrato, donde se ve la pincelada suelta, valiente, jugosa; en otros, se aprecia que no desdén a los clásicos, como en el paisaje con los niños. De ello se saca la conclusión, de que no se le puede llamar impresionista puro, cosa que por otro lado no puede extrañar, si se tiene en cuenta que ese nombre no se le puede aplicar a ningún pintor español; tiene una personalidad propia, y utiliza las tendencias y cánones de la escuela que más conviene a la obra a realizar; mérito indiscutible es, no dejarse arrastrar por la corriente de la moda, tomar lo que tiene de bueno y aprovechable, pero sin seguirla ciegamente.

El más interesante es el boceto de autorretrato, o autorretrato sin terminar; está trabajado en grandes planos, con fuertes contrastes y acusado relieve; se advierte una gran destreza en el manejo de los pinceles y el color, una técnica poderosa, un temperamento sensible, fuerte, vigoroso; y una gran valentía en el uso del negro.

El paisaje ofrece un gran contraste con el autorretrato; se puede observar su menor profundidad, y sin embargo es mucho más apto para el dibujo, parece un grabado y no un óleo; los efectos de luz y color están perfectamente resueltos, parece que el pintor lo hizo sin prisas, con delectación, recreándose en resolver los problemas que plantea.





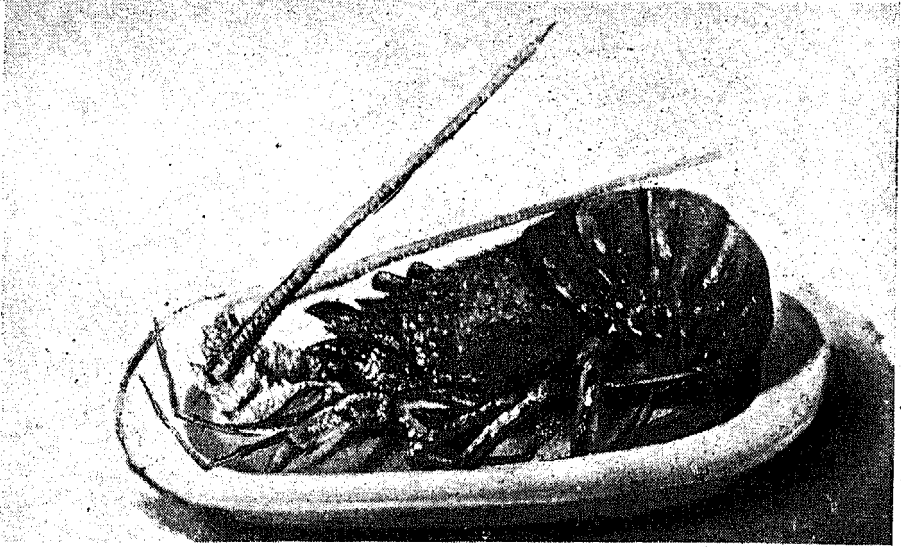
Autorretrato sin terminar



Paisaje del río Cidacos



Bodegón



Boceto de bodegón



Bodegón



Los dos bodegones terminados no se pueden apreciar bien, están barnizados, y el enranciamiento del barniz ha cambiado los colores; los blancos del juego de café de plata se han tornado amarillos, aparecen con unos brillos que no son los que les dió el pintor, y los contornos están un tanto desdibujados por la misma razón, como se puede observar fijándose en la langosta del bodegón sin terminar, y que por tanto no fué barnizado.

Sin embargo tienen interés, porque en ello se puede observar otra faceta del artista, la extraordinaria soltura de la composición, pues están hechos sin preparación alguna.

Por último, el boceto de bodegón con la langosta es muy interesante por estar libre de barniz, y no sólo por servirnos para contrastar los otros bodegones, sino para apreciar en él la corrección del dibujo, la propiedad del color, la soltura de la composición, el genio del artista, dotado de fuerte personalidad.

De los no reproducidos recordamos que el paisaje con los dos niños sigue las huellas del arriba mencionado, con influencias de los clásicos; el dibujo de los niños es poco correcto, pero observando con detenimiento el cuadro, se aprecia que el pintor hizo sólo el paisaje y después colocó en un plano secundario unas figuritas sin importancia, sin preocuparse mucho de la perfección, teniendo en cuenta que pintaba por puro pasatiempo no puede extrañar que no lo corrigiese; acaso tuviese intención de hacerlo y se marchase antes; habiendo dejado otras obras inacabadas no es difícil que también lo esté ésta.

El retrato de don Toribio está más trabajado que el de don Lino, acaso por su mayor interés; el de este último está hecho más a la ligera, hay algunas sombras poco logradas, teniendo en cuenta que a un gran artista hay que exigir obras perfectas.

Muy bonito, hecho con verdadera gracia, es el retrato del Excmo. Sr. don Pedro Agustín Herrero; lo reduce considerablemente para trasladarlo al lienzo de cuerpo entero y no pierde ni un ápice de su arrogancia; tan perfecta es la reproducción del cuerpo como la del alma, pues refleja maravillosamente su carácter y espíritu; los problemas de luz y color están resueltos con tal sencillez, que parece que no existen, siendo también de notar la elegancia y soltura de la composición, el buen gusto que preside hasta los más nimios detalles, pues un retrato que podía haberse convertido en un muestrario de colorines de las manos del gran artista riojano, sale hecho el prodigio de severidad, grandeza y majestad que convenía.

